



ros á presencia de todos , que procureis cumplir dignamente vuestros deberes , y mandar , sin orgullo , la corta guarnicion que os dejo y tan gustosa queda á vuestras órdenes; para que yo tenga motivo tan solo de elojiar vuestra conducta y declarar , como lo deseo , á S. M. los leales servicios que aquí , á presencia de todos , prometéis prestarle en su Nueva Francia.» Y á vosotros, compañeros , prosiguió dirijiéndose á los soldados, «suplicoos que reconozcais la autoridad del capitán Albert, como si fuese yo mismo , prestándole la obediencia que el verdadero militar debe á su jefe y á su jeneral y viviendo fraternalmente unos con otros , seguros , haciéndolo así , de que Dios bendecirá y colmará todas vuestras empresas.» En estos precisos términos va continuada en las relaciones contemporaneas esta breve alocucion , que hemos insertado como una muestra de candorosa sencillez.

Habiendo dejado aquella fortaleza bien provista de víveres y municiones de guerra , saludó Ribaut con su artilleria el nuevo establecimiento francés , é hizose á la vela con derrotero hácia el norte , buscando la desembocadura del Jordan , hoy *Santea* , que cuarenta años antes había reconocido Vazquez de Ayllon. Mas no pudiendo fondear á lo largo de la costa y encontrando todas las entradas de los rios ocupadas por bancos de arena , resolvió el comandante , despues de consultada su tripulacion , no proseguir su reconocimientto y volver á dar cuenta de los países que se habían descubierto; y así lo verificó abordando de regreso á Dieppe , cinco meses despues de su partida.

Las primeras relaciones del capitán Albert con los Indios hubieron de ser muy amistosas. Fué aquel subiendo la corriente del rio , á visitar al cacique Andusta y algunos otros jefes de diferentes tribus , quienes le acogieron con benevolencia y le festejaron; proveyéndole además de frutas , de maiz y de caza , y recibiendo de él algunos presentes , despues de lo cual seguian en perfecta correspondencia. Desgraciadamente empe-

ro , aquel comandante que olvidara de los Indios tantas pruebas de confianza , no supo granjearse asimismo el afecto de sus soldados ; antes bien los irritó con algunas providencias tan injustas como severas. Un soldado , entre otros , que había cometido una leve falta , fué degradado por su orden y deportado á una isla vecina donde se le abandonó: los demás que se vieron amenazados de un tratamiento semejante , escitaron una sedicion contra Albert y le quitaron la vida , llamando desde luego á su compañero deportado , que hallaron casi moribundo , y nombrando comandante á otro soldado llamado Nicolás Barré , quien consiguió restablecer el orden en la colonia. Las necesidades empero de estos individuos iban todos los dias en aumento , y los socorros que se esperaban de Francia no parecian ; por lo que , y encontrándose sin embarcacion alguna que los condujese otra vez á Europa , empezaron á ocuparse en la construccion de una embarcacion. Proveyanles los Indios de cuerdas para las jarcias ; el musgo de los árboles y la resina de los pinos les sirvió para calafateo , y haciendo una especie de velámen con la ropa de sus mismos vestidos , hicieron á la vela con aquel frágil esquife , despues de hechos los últimos presentes á los Indios , de los cuales obtuvieron algunos víveres , insuficientes para una larga travesía. Para colmo de desgracia , fué prolongada la navegacion por continuos temporales y algunos dias de calma , consumiéronse todas las provisiones , y la tripulacion desesperada resolvió que se sacrificase un hombre para salvar á todos los demás. Entónces el soldado deportado que habían ellos arrebatado una vez á la muerte , se ofreció como víctima voluntaria y sus compañeros aceptaron el sacrificio , convirtiéndoles el hambre en antropófagos. Al divisar por fin la tierra , embriagóles de tal modo la alegría á los infelices , que dejaban vogar su bergantín desamparado á la merced de las olas , hasta que les acogió á su bordo un capitán inglés. Algunos de ellos fueron conducidos á Inglaterra en donde se de-

seaban informes sobre las costas de América y la posibilidad de establecerse en ellas; otros desembarcaron en las costas de Francia y llegaron á Dieppe por el mes de julio de 1564. Duró esta expedición unos veinte y nueve meses, abandonados á sí mismos aquellos lejanos establecimientos, é impidiendo las guerras civiles enviarles los socorros que necesitaban. Solamente despues de afianzada la paz interior autorizó el rey al almirante de Coligny para equipar tres navios que debían partir para el continente de América.

Encargóse su mando á René de Laudonniere que había acompañado á Ribaut en su primera expedición, y se hizo á la vela desde el Havre el día 22 de abril de 1564. Entre los muchos que le acompañaron no podemos pasar en silencio los nombres de Ottigny, Lacaille, Laroche-Ferrière, d'Erillac, Levasseur, que tanto se distinguieron por sus servicios militares. Hallábase además entre ellos un pintor llamado Le Moine, cuyos dibujos, grabados despues por Debry, revelaron á la Europa algunas escenas de costumbres indianas. Hemos creído oportuno reproducir una parte de ellas, porque si bien no podemos responder de la completa exactitud de los trabajos de aquel artista, ya es una garantía sin embargo el saber que nacieron en la época misma de los primeros descubrimientos; y aunque la mayor parte de los usos representados en aquellas pinturas hayan al presente desaparecido de entre los salvajes, esto proviene de que han sido destruidas las mas de las tribus que había en los primeros tiempos; y las que subsisten hoy día ó no pertenecen ya á las mismas naciones, ó tienen modificadas sus costumbres por sus relaciones con los Europeos, unas adquiriendo mayor grado de cultura y otras retrogradando á un jénero de vida todavía mas salvaje.

Los dibujos que acompañan á las relaciones han sido siempre considerados como el medio mas á propósito de estudiar la historia, puesto que, así como la naturaleza tiene sus espectáculos, los pueblos tienen sus

monumentos, cuyas fieles imágenes sirven para grabarlos en nuestra memoria. Si representan las fiestas y solemnidades nacionales; cuánta luz no difunden en su descripción! Si pintan los cuadros de la vida ordinaria, cuántos detalles ahorran que disminuirían la rapidez de las relaciones y el interés de los acontecimientos! Por faltar estos cuadros en los historiadores antiguos, al menos en el estado en que los encontramos nosotros, nos vemos muchas veces en la incertidumbre sobre sus progresos en la industria, y su jenio en las bellas artes, ensayando en vano el construir de nuevo una parte de sus invenciones, la con ayuda de las relaciones estériles que de ellos nos han quedado.

Al mismo tiempo empero en que nosotros nos serviríamos de la pintura como de un segundo lenguaje, nunca se pierda de vista que esta nueva especie de signos no son mas que un accesorio que debe seguir la marcha del historiador, sin que pueda servirle de guía. Cada lugar y cada época no ofrecen un mismo número de cuadros, y la historia tiene sus desiertos á parte de sus fértiles campos; mientras que en aquellos no se encuentra un objeto que pintar, en estos se presenta una serie infinita de imágenes.

Laudonniere se hizo á la vela al tiempo mismo que la colonia de Charlesfort, falta de auxilios, se disponía á partir de las costas de América para regresar á Francia. Cruzaron las dos expediciones por medio del océano sin encontrarse, lo que frustró los proyectos de Coligny; porque un destino muy diferente del que se había este prometido esperaba á los expedicionarios en las costas donde iban á establecerse.

Laudonniere subió á las islas Canarias, desde donde se dirigió hácia las Antillas; tuvo un encuentro con los Caribes de la Dominica, en cuyo territorio abordó, para proveerse de viveres, y costeando las islas de San Cristóbal, los Santos y Monserrate, despues de divisadas las costas de la Florida y reconocido el rio de los De-fines, desembarcó el día 20 de junio

en la ribera de Mayo. Fué allí bien recibido de los Indios, cuyo cacique Saturiova fué á visitarle; y Lacaille, que había aprendido algo el idioma de aquellos en su primer viaje, dióles á entender que los Europeos eran enviados cerca del cacique por un príncipe que mandaba todo el oriente. Persuadiéronle que venían á prestar homenaje á su bondad, valor y jenerosidad, y que habían arrojado los peligros de un largo viaje para establecer con él relaciones de amistad en nombre de su soberano. Lisongjeado Saturiova con semejante embajada y cautivado por tanta deferencia, creyó ser mas poderoso todavía de lo que era en realidad, pues que el soberano de unas naciones tan distantes solicitaba su alianza, y mandó conducir á los Franceses hácia las márgenes del rio en el sitio mismo donde Ribaut había establecido su colonia dos años antes; mas encontraronla nuestros soldados adornada de flores y ramas de laurel y otros árboles y bien provista de frutas y de maíz, que habían llevado los Indios para agasajar á los nuevos huéspedes (véase la lámina 5.^a)

Laudonniere, que deseaba llegar cuanto antes á la bahía de Puerto-Real, se hizo á la vela otra vez hácia el norte y reconoció algunos puntos de la costa descubiertos por los primeros expedicionarios; y en los cuales supo que aquellos habían abandonado hácia muchos meses el fuerte de Charlesfort: deliberóse en seguida sobre cuál sería el sitio mas á propósito para establecerse, y aunque la bahía de Puerto-Real parecía ser el punto mas pintoresco y mas seguro de cuantos habían descubierto los Franceses, prevaleció sin embargo la opinion de retroceder á la Ribera de Mayo, como el sitio mas fértil y mas favorable para un establecimiento primitivo. Esperábase además que subiendo la corriente de aquel rio, pudiesen llegar á descubrirse las minas de oro que habían buscado en vano por aquellas comarcas, fundándose en algunos indicios inexactos ó mal comprendidos que habían recibido de los salvajes. Habíaseles indicado asimismo que siguiendo esta di-

rección que conducía á las montañas, podían establecerse fácilmente comunicaciones con otro mar desconocido, y se ha visto en efecto mas adelante, reconociendo el territorio de los Apalaches, que solo estaban separados por pequeñas distancias los manantiales de los rios que bañan el oriente y el mediodía, desembocando unos en el océano y otros en el golfo de Méjico. Por todas estas consideraciones prefirieron nuestros expedicionarios las Riberas de Mayo edificando á dos leguas de su desembocadura una fortaleza triangular que llamaron Carolina, en honor del rey, y á cuyos atrincheramientos, que ciñeron de fosos y empalizadas, contribuyeron los Indios con su trabajo.

Las poblaciones de estas comarcas estaban por entónces divididas en varias confederaciones. Los habitantes de la costa formaban hasta treinta tribus, con otros tantos jefes, dependientes todos del cacique Saturiova. Outina era el gran jefe de otra confederación, mas apartada del océano, formada de pueblos esparcidos por las primeras llanuras y sobre la vertiente oriental de los Apalaches; del mismo modo se habían ido formando otras coligaciones en los territorios vecinos, agrupándose así las poblaciones de los Indios en torno de algunos jefes de guerra. La comunidad de intereses así como de lenguaje y costumbres, y algunas alianzas de familia habían sido el jermen de estas asociaciones voluntarias, cuyos vínculos, si llegaban á relajarse ó romperse entre algunas tribus de una misma nación, era fácil restablecer por la autoridad de los consejos y la intervencion de otros asociados; mas las rivalidades que una vez nacían entre dos grandes confederaciones se arraigaban profundamente y pasaban á ser odios nacionales que se trasmitían de una á otra jeneración. Laudonniere, que deseaba no tomar parte alguna en aquellas disensiones de los Indios, había procurado desde luego captarse el afecto de Saturiova, cuyas amistosas relaciones debían ser útiles á la seguridad de la colonia; mas cuando este cacique re-

clamó sus auxilios contra las tribus de la montaña, esforzóse Laudonniere en reconciliarlos sin tomar partido por una ni otra de las confederaciones enemigas; en cuyo sistema de neutralidad no hubo de persistir sin embargo por mucho tiempo, puesto que auxilió en diferentes ocasiones al cacique Outina contra los Apalaches. Semejante conducta no podía menos de indignar á los Indios de la costa, á quienes habian negado los Europeos su alianza ofensiva, y resultó efectivamente de esta inconsecuencia el ser desde entónces mas precaria y difícil la situacion de los Franceses en sus establecimientos.

Parece que Laudonniere preferia á todas las demás la alianza de Outina, porque esperaba que este le facilitaria comunicaciones con las tribus de las montañas, en donde creia encontrar las minas de oro, y en cuya direccion iba prosiguiendo sus descubrimientos. Habia pues destacado, para socorrer á Outina, un cuerpo de veinte y cinco arcabuceros, mandados por Ottigny, uno de sus mas bravos oficiales, con cuyo refuerzo las tropas del cacique marcharon con mucha confianza al encuentro del enemigo. Detúvose el ejército indiano al anoecer, dividiéndose en diferentes grupos, para pasar la noche con mas seguridad: cien guerreros ordenados en círculo y á alguna distancia del cacique protegian la persona de este, y cercábalen un círculo mas grande de doscientos hombres que á su vez estaban cubiertos por otro círculo mayor. Al amanecer del otro día emprendieron los Indios otra vez la marcha, hasta que tocando los límites del territorio que debian invadir, quiso Outina consultar al adivino que habia en el ejército, á fin de conocer la fuerza y las posiciones de las tropas enemigas. Era este adivino un anciano cargado de años, que para responder á la consulta del cacique, se arrodilló y trazó al rededor suyo algunos caracteres informes, murmuró algunas palabras entrecortadas y fatigándose con violentas convulsiones y tomando muchas veces aliento, declaró al fin el número de los enemigos y designó el punto en

donde esperaban el combate. Estaba el cacique desalentado y apenas pudieron determinarle á pasar adelante las vivas instancias de Ottigny, quien empeñando la accion con sus arcabuceros, logró ver derrotados á los enemigos. Los Indios mutilaron y despedazaron á los que habian muerto en el campo ó quedado prisioneros, y en vano se esforzó Ottigny en hacerles renunciar á tan bárbara costumbre, pues los salvajes solo quisieron regresar á su territorio cargados de aquellos sangrientos despojos.

Después de auxiliar al cacique en su expedicion, bajó Ottigny de las montañas y regresó al fuerte Carolina. Encontrábase la colonia desprovista de víveres y relajábanse los vínculos de la disciplina, amagando todos los días pronunciarse el espíritu de insubordinacion. Acusaban los descontentos á Laudonniere de haberse apoderado de las sumas que para proveer la division se le habian remitido, de encargar solamente á sus amigos el reconocimiento de las minas, defraudando así estos tesoros á los demás soldados; de condenarles á penas fatigosas, negándoles hasta los auxilios espirituales y privando de ministros á todos los protestantes sus que le habian seguido.

Algunos movimientos sediciosos, tímidos al principio y de poca trascendencia, dieron bien pronto lugar á una conjuracion formal contra el jefe expedicionario. Cierta Desfourneaux que estaba á la cabeza de los conjurados, penetró á media noche con veinte arcabuceros en la habitacion de Laudonniere, y sorprendiéndole indefenso, condujole atado á bordo de un navío, donde le forzaron los amotinados á firmar una patente que les autorizaba á trasladarse á las posesiones españolas para proveerse de víveres. Equiparon con este pretexto dos ligeras embarcaciones y atravesando el archipiélago de las Lucayas, abordaron en algunos puntos de la isla de Cuba, donde hicieron muchas depredaciones. Apoderáronse entre otras cosas de una carabela, á cuyo bordo se hallaba con sus hijos el gobernador de

aquella isla, y después de tratar del precio de su rescate, permitieron á uno de sus hijos desembarcar para verificar la suma convenida; mas instruido aquel por su padre secretamente, reunió todas las fuerzas disponibles existentes en aquella comarca y acometió con ellas á los piratas, recobrando la carabela con todo el equipaje, y destruyendo una de las embarcaciones de los enemigos, no quedándoles á estos mas que un bergantín con veinte y seis hombres, quienes no atreviéndose á continuar su piratería, regresaron á la ribera de Mayo. Mas no conservaron esperanza de promover otra sedicion; pues Laudonniere habia sido puesto en libertad y su autoridad restablecida por los esfuerzos de Ottigny, de la Caille, de Erlac y otros soldados leales. Los corsarios solo pensaban detenerse en el puerto para tomar algunos víveres y hacerse á la vela en seguida para Francia; pero el comandante logró apoderarse de su embarcacion y condenó á muerte á los cuatro motores de la sedicion, perdonando á los restantes.

Estos actos de piratería debieron escitar en las colonias españolas profundos resentimientos, enconados todavía mas por los odios religiosos, porque los Españoles deseaban la ruina de un establecimiento formado por los luteranos: y aunque el castigo de los criminales debia apaciguar á los ofendidos, con todo no se dieron estos por satisfechos, y no pudiendo acusar á la colonia francesa de proteger á los malhechores, continuaron echándola en cara su herejía.

Durante la ausencia de estos aventureros, cuya travesía duró cerca de cuatro meses, Laudonniere habia hecho continuar los trabajos en el fuerte Carolina; mantenia sus relaciones amistosas con el cacique Sauriova y recibia de los Indios de las costas frecuentes remesas de pescado, caza y maiz en cambio de algunas armas y otros productos de fábricas europeas. El capitán Levasseur se encargó de navegar á lo largo de la costa hasta la bahía de Puerto Real para entablar de nuevo las relacio-

nes establecidas; tres años antes, con el cacique Andusta y poblaciones de aquel territorio, los cuales le ofrecieron algunas provisiones de maiz. Del mismo modo procuraba Laudonniere conservar la amistad de Outina, ayudándole en sus expediciones militares y recibiendo tambien de él las provisiones que necesitaba.

Sin embargo los víveres empezaban á escasear; el pescado abundaba solo en determinadas estaciones, desaparecian las aves de paso y ya no encontraban los cazadores aquellas bandadas de palomas torcaces que cubrieran por momentos algunas islas de la costa. Con esto se veian reducidos á comer bellotas, la baya de algunos árboles, raices y los frutos naturales que la tierra les ofrecia. Por otra parte, aunque podian muy bien, cultivando, procurarse recursos mas eficaces y duraderos, como se lo habia espesialmente encargado el almirante Coligny, no habian cuidado de semejantes medios, por repugnar la labranza jeneralmente á aquellos hombres acostumbrados tan solo á las fatigas de la guerra y á la ociosidad que llena los intervalos de la vida militar: creian poder ganarlo todo con la punta de la lanza y desdeñaban las apaciables conquistas del trabajo, y todas las ocupaciones oscuras y sin peligro. Los hombres que en aquella época iban al Nuevo Mundo habian visto en Europa el cultivo de las tierras encargado á ciertas y determinadas clases, que les mantenian y á las cuales tenian ellos obligacion de defender; y mudando de hemisferio no quisieron mudar asimismo de costumbres. Se ha de confesar sin embargo que después de los primeros descubrimientos no se trataba á los Indios con el mismo rigor. Los Franceses que querian establecerse en América contaban, es verdad, con los naturales para proveer á su subsistencia; mas habitualmente se habian valido ya de los cambios para obtener los víveres. Los mas viles productos industriales eran una preciosidad para los Indios, y los Franceses daban mucho valor á los frutos

naturales, con cuyas mutuas necesidades no podía menos de entablarse naturalmente una especie de relaciones mercantiles. Estos cambios empero se hacian cada día menos frecuentes, hasta que no se enviaron ya mas remesas de víveres al fuerte Carolina, despues que los Franceses hubieron agotado los productos de la industria europea.

No pudiendo entonces esperar nada de la tierra que no habian cultivado, tuvieron que sobrellevar todas las privaciones consecuentes á tan culpable imprevision; y se vieron muy luego en la necesidad de exigir de los Indios á la fuerza las provisiones que voluntariamente ya no les ofrecian; mas estos se retiraban al interior de los bosques, llevándose consigo los víveres que les habian quedado. Las costas no ofrecian medio alguno de subsistencia y los montañeses habian suspendido los abastecimientos que podian hacer todavía, para que no se apoderasen de ellos los Europeos. Reconocieron entonces los expedicionarios la imposibilidad de mantenerse en una costa estéril y devastada, y activaron la construccion de una embarcacion que debia conducirlos otra vez á Francia; pero era preciso además alimentarse hasta que se verificase la partida y proveerse de víveres para tan larga travesía.

Pusieronse los ojos en Outina, y no esperando ya nada de su amistad, resolvieron apoderarse de él y exigir de los Indios algunas provisiones por su rescate. Laudonniere parecese opuso al principio á esta violencia, haciendo presente á sus compañeros la necesidad de captarse el afecto de los naturales y lo peligro que eran las hostilidades por parte de aquellos: mas estas reflexiones fueron desatendidas y la resolucion que se habia tomado de abandonar el pais parecia que les autorizaba á usar para ello de violencia. Las instancias de todos sus compañeros rindieron por último á Laudonniere, quien embarcándose con cincuenta de sus mejores soldados, y viajando sesenta leguas contra la corriente del rio, logró por fin sor-

prender á Outina en medio de su tribu y apoderarse de su persona, de clarándole en seguida los motivos que le habian precisado á ejercer aquel acto de violencia.

Los Indios suministraron desde luego algunas provisiones; pero viendo con pesar que no se daba libertad al cacique, acudieron al llamamiento de su hijo, y se reunieron otra vez bajo sus órdenes, nombrando por su jefe al heredero de un nombre que respetaban. Entretanto el cacique prisionero reiteraba para verse libre unas promesas que pronto debia estar en disposicion de cumplir, porque estando para empezar el verano, iban ya madurando los granos y estaban próximas las cosechas. Deciales que mientras le retuviesen prisionero no debian esperar nada por cuanto los Indios preferirian destruir las mieses antes que dejarlas á su disposicion; con lo cual, y esperando inspirar á los Indios sentimientos mas favorables, resolvió Laudonniere poner en libertad al cacique Outina.

Mas ya todas las tribus estaban irritadas, y se preparaban para hacer la guerra (véase la lámina 2). Aparecian clavadas en el suelo algunas flechas adornadas con cabelleras, y habian cortado muchos árboles para ocupar la corriente del rio y privar que las barcas francesas pudiesen retirarse al fuerte Carolina: algunos soldados rezagados habian sido muertos y se preparaban á las divisiones frecuentes emboscadas. Un destacamento de treinta hombres mandado por Ottigny fué atacado por las tribus indianas que se habian dividido en diferentes grupos para sostenerse sucesivamente; y quedó reducido á veinte y cinco hombres, casi todos heridos, pudiendo con dificultad retirarse al puerto con las lanchas en que se habia refugiado. En vista de esto, desesperando el comandante poder conseguir las provisiones á la fuerza, encargó de buscarlas en otros puntos al capitán Levasseur, quien anduvo costeano algunos días y obtuvo de otros jefes indios dos cargamentos de maíz. Confiaban que estas provisiones bastarian para la

travesía, y resueltos á abandonar cuanto antes el establecimiento, empezaban á destruir las fortificaciones para no dejar este medio de mantenerse á los que en adelante pudiesen ocupar aquella costa; cuando descubrieron cuatro velas en alta mar el día 3 de agosto de 1565. Enviaron á reconocerlas y supieron que era una escuadra mandada por el capitán inglés Hawkins, quien despues de quince días estaba costeano en aquella direccion. Venia este marino guiado por Martin Atinas de Dieppe, que conocia hacia muchos años aquellas costas y habia acompañado á Ribaut en su primera expedicion. Deseaba Hawkins proveerse de agua, y lo propuso á los expedicionarios franceses, quienes accedieron, yendo él mismo en persona á bordo de una chalupa de su navío á visitar á Laudonniere con ánimo de permanecer en el fuerte algunos días. Los Franceses habian conservado hasta entonces, en medio de sus grandes privaciones, algunas aves domésticas, que deseaban aclimatar en aquel pais y debian ser su último recurso; á fin de agasajar al capitán inglés mataron algunas de ellas, y sabiendo aquel que el comandante Laudonniere tenia ideas de regresar á Francia con su division, le propuso recibirlos á todos á bordo de sus embarcaciones. Mas ignorando Laudonniere el estado en que se hallaban las relaciones de Francia con la Inglaterra, no aceptó el ofrecimiento, creyendo que si las dos potencias no estaban del todo reconciliadas y se volvia de pronto á declarar la guerra, él y todos sus soldados que llegasen á Inglaterra á bordo de la escuadra serian hechos prisioneros.

Semejante conducta empero, por muy plausibles que fuesen los motivos que la dictaban, escitó tal descontento en el fuerte Carolina, que todos los Franceses querian aprovechar la ocasion de embarcarse, hasta que les propuso el mismo Hawkins admitir á bordo todos los que desearan ir con él y ceder á Laudonniere una embarcacion para trasportar á los restantes. Resolvióse en efecto hacerlo así y convínose en el precio

de la embarcacion, cuyo pago quedó garantizado con algunas piezas de artillería y municiones de guerra, que ya se miraban como inútiles despues que se habia determinado abandonar el fuerte. Quedábanles en esto á los Franceses las provisiones de maíz; mas considerando su insuficiencia, ofrecióles el capitán Hawkins veinte barriles de harina, legumbres y sal, galleta y otros víveres, con alguna cantidad de vino, y proveyó además de calzado á los soldados que no lo tenian, haciendo algunos presentes á los oficiales y portándose con todos con tanta humanidad como cortesía.

Despues que los Ingleses hubieron partido, activaba Laudonniere los preparativos de su embarque é iba ya á hacerse á la vela hácia el 28 de agosto, cuando se divisaron algunas embarcaciones, que luego supieron estaban mandadas por Juan Ribaut, jefe de la primera expedicion en 1562, y que debia substituir á Laudonniere. Habian dado lugar á este reemplazo las quejas producidas en Francia contra Laudonniere por algunos descontentos que le acusaban de demasiado severo para con los soldados que le acompañaban en su expedicion, y aun de mantener correspondencias sospechosas á la autoridad y de estar muy dispuesto á la rebelion. El almirante Coligny le escribia sin embargo en los términos mas satisfactorios, declarándole que no habia para con él ningun motivo de descontento y menos de desconfianza, y diciéndole que el rey solo deseaba su regreso para conocer mejor la verdadera situacion de la colonia, de la cual se hablaba en diversos sentidos, y saber definitivamente si convenia abandonar el establecimiento ó hacer algunos esfuerzos para conservarle. Ribaut se convenció muy pronto de cuán injustas eran las acusaciones dirigidas contra Laudonniere y le propuso el permanecer con él en la colonia; mas no pudo determinarle á ocupar el segundo lugar en un pais que hasta entonces habia mandado.

Siete días despues que habia llegado Ribaut á un fuerte medio arrui-

nado, cuyos atrincheramientos era menester reparar, se divisaron seis grandes embarcaciones extranjeras, mandadas por D. Pedro Menendez de Avilés, á quien los Españoles miraban como uno de los mas grandes capitanes que habian venido al Nuevo Mundo. Encargado este militar por Felipe II de reconocer todas las costas de la Florida, y de trazar de ellas un mapa exacto que pudiese servir de guia á los pilotos en el canal de Bahama en donde median frecuentes naufragios, creyó todavía demasiado limitada su comision y propuso al rey formar un establecimiento en la Florida para propagar la fe entre los Indios. « En cuanto á mí, le decia á su monarca, á tal punto, señor, me tiene conmovido la ceguedad de tantos millares de idólatras, que de cuantos empleos con los cuales V. M. pudiera honrarme, no hay uno solo que no pospusiese á la gloria de conquistar la Florida y poblarla de verdaderos cristianos.» Felipe II accedió á los deseos de Menendez, quien hizo desde luego los preparativos para su expedicion é iba á hacerse á la vela, cuando se supo en España que los protestantes establecidos en América iban á recibir de Francia nuevos socorros. Felipe II concibió el proyecto de destruir aquellas colonias y aumentó al efecto las fuerzas que habia destinado para acompañar á Menendez. Partió este almirante de Cádiz el 29 de junio de 1565 con el galeon santa Pelajia y otras diez embarcaciones, y como se hubiese dado á esta expedicion un carácter de guerra santa, uniósese á ella un gran número de voluntarios, y bien pronto tuvo Menendez á sus órdenes mas de dos mil y seiscientos hombres. El 9 de agosto abordó en Puerto-Rico, con solas cinco embarcaciones y una tercera parte de sus tropas, quedando las demás dispersadas por las tempestades, y supo allí que Ribaut le habia precedido, mas que se habia detenido mucho tiempo costeano antes de desembarcar.

Menendez, sin esperar á que se reuniese lo restante de sus tropas, resolvió proseguir su expedicion, y entrando en el mar de la Florida, des-

cribió sucesivamente los rios de los Delfines y la ribera de Mayo, cuya desembocadura fondeaban cuatro embarcaciones francesas que no habian podido internarse á causa de los bancos de arena. Resuelto Menendez á apoderarse de ellos, se fué acercando, y cogió algunos hombres en la playa, intimando la rendicion al oficial encargado de defender las embarcaciones, y declarando que venia para hacer guerra á muerte á todos los luteranos que encontrase, sin hacer gracia á ninguno que fuese hereje; pero que en cuanto á los católicos los trataria con humanidad. Aguardando el efecto de semejantes amenazas, esperó la marea alta para abordar á las embarcaciones francesas, las cuales no teniendo bastantes fuerzas para combatir, lograron escaparse; y los Españoles que no pudieron darles alcance se retiraron al rio de los Delfines, volviendo á anclar en el mismo punto de donde habian salido.

Ribaut tomó entónces la resolucion de embarcarse con parte de sus tropas para atacar á los Españoles; de cuyo empeño trataron en vano de disuadirle sus oficiales y sobre todo Laudonniere, haciéndole presente la necesidad de permanecer en tierra y completar ante todo las fortificaciones, lo peligroso que era el esponerse á las marejadas tan frecuentes en aquellas costas y lo difícil que sería el volver á ellas, una vez que se hubiesen separado. Decíanle tambien cuán probable era que los Indios atacasen el fuerte durante su ausencia; pero todo fué inútil, porque Ribaut se creyó obligado á salir al encuentro del enemigo conforme á las instrucciones que habia recibido del almirante Coligny y que acababan con estas palabras: « Al cerrar este pliego, se me comunica que D. Pedro Menendez sale desde España para las costas de la Florida. Tratad sobre todo de impedir que emprenda nada contra vos, como él ha de impedir que vos lo hagais contra él.» Para estorbar pues que Menendez se estableciese y fortificase en las costas en que habia desembarcado, reunió Ribaut la flor de los soldados de Laudonniere y par-

tió de la rada, para no volver mas, el día 10 de setiembre.

Distinguíase el comandante español por una actividad estremada; y apenas estuvo de vuelta en el rio de los Delfines, hizo desembarcar treinta hombres, para escojer un sitio ventajoso y favorable al establecimiento que trataba de formar. Empezóse á construir sobre las márgenes del rio un fuerte que llamaron san Agustin, y abandonaron mas tarde esta posicion para levantarle mas hácia el mediodía en el punto que ocupa todavía al presente. Menendez hizo traer de su escuadra todos los objetos y utensilios necesarios para el establecimiento, y noticioso de que Ribaut trataba de atacarle, despachó dos embarcaciones para traer refuerzos de Hispaniola y conducir á España algunos prisioneros que remitía á la inquisicion; dirigióse despues él mismo hácia la barra del rio con lo restante de su escuadra; pero no hubo encuentro alguno entre los dos enemigos, porque la baja marea no permitió á Ribaut atravesar los bancos, y en seguida se levantó una borrasca tan deshecha, que arrojó muy lejos á la escuadra francesa sin que pudiese replegarse ni preparar un nuevo ataque.

No tardó Menendez en aprovecharse de esta casualidad que le favorecia, dividiendo las fuerzas enemigas, y resolvió al punto atacar el fuerte Carolina. Escojió al intento quinientos hombres, piqueros ó arcabuceros, y se puso al frente de la vanguardia compuesta de veinte soldados de Vizcaya y Asturias, armados de hachas para abrirse paso á través de los bosques, sin llevar él mismo mas que una brújula y un prisionero de guerra maniatado por detrás de la espalda que debia servirle de guia.

Al cabo de cuatro dias de lluvia, llegaron á media legua del fuerte las tropas fatigadas de atravesar los pantanos, y aquella misma noche se movió un temporal tan deshecho, que el oficial encargado de la guardia del fuerte, para prevenir toda sorpresa, creyó inútil la vijilancia y permitió á los soldados abandonar su puesto á descansar; lo que fué causa de que

los Españoles pudiesen acercarse sin ser advertidos á través de la lluvia y las tinieblas, y sorprender la plaza al dia siguiente, entrando en ella por tres brechas, antes de amanecer.

Laudonniere no habia tenido tiempo de reparar los atrincheramientos del fuerte de la Colina, y Ribaut le habia dejado solo mujeres, niños y enfermos; de modo que de los doscientos hombres que habian quedado con él, apenas habia cuarenta que pudiesen tomar las armas. Intentó pues acantonarse para hacer frente á los enemigos y esperar los socorros que podia prometerse de las tres embarcaciones que fondeaban en la bahía: mas por mucho que contase con su valor, no podía aquel comandante defender la plaza por mas tiempo y hubo de contentarse con cubrir la retirada de unos pocos hombres que se le juntaron.

Menendez publicó la orden de dar cuartel á los niños y mujeres, siguiendo lo mismo que siempre inexorable con los demás y reservando para la horca á los que se escapaban de los filos de la espada. Mas á pesar suyo, consiguió salvarse Laudonniere, saliendo por una brecha con solo un soldado que le quedaba, llamado Bartelemí, y retirándose á los bosques, en donde se habian tambien refugiado unos cuantos Franceses; de allí partieron todos á través de las lagunas, hácia la desembocadura del rio, á donde llegaron muertos de fatiga, hasta que la escuadrilla recorriendo el largo de la costa, los recibió á bordo con otros veinte que habian podido tambien escaparse; despues de lo cual se hicieron á la vela para Francia el 25 de setiembre.

Menendez dejó una guarnicion española en el fuerte de que se habia apoderado, y se apresuró á volver al fuerte san Agustin, donde creia que no tardarian en atacarle. Fué recibido en él como vencedor de los herejes, en particular por el clero, que salió á recibirle con la cruz y se cantó un *Te Deum*.

Esta sangrienta expedicion, en la cual el furor militar y el fanatismo religioso ahogaron todos los sentimientos de humanidad, acaeció el